

jo? Está encargado de subir la leña, el carbon y el agua; va en seguida á abrir mis balcones, limpia mis vestidos, despues vá á la cuadra, y nadie se ocupa de él con tal de que á las once ú once y media ponga la mesa.

P.—Comprendo perfectamente que no se ocupen de él; pero lo que no comprendo es que en un momento dado os hayais ocupado mucho, habeis preguntado al constructor de carruajes y al sombrerero.

R.—Al contrario, yo no pregunté por él.

P.—¿Quién os sirvió la mesa en aquel día?

R.—En defecto del criado nos sirvió la camarera.

P.—Digisteis á la camarera que os servia: «Si vuelve Roux me lo enviareis.» ¿No os parece que era natural preguntarla: «¿Le habeis visto? ¿Qué ha hecho? ¿Ha bajado al subterráneo?»

R.—Sabia que debia haber bajado al subterráneo antes de recoger mis vestidos para cepillarlos.

P.—Poco importa. Cuando notasteis que faltaba y habiais ido á buscarlo, ¿no se os ocurrió el irlo á buscar en el subterráneo?

R.—Confieso francamente que semejante idea no se me ocurrió ni se me podia ocurrir.

P.—Se os hubiera ocurrido si hubieseis preguntado á los criados.

R.—No se podia ocurrir á nadie de la casa, pues habia hecho aquel día la provision aún con mas abundancia que de ordinario. No habia necesidad alguna de ocuparse de saber si estaba en el subterráneo, pues no debia estar en él.

»¿Es preciso que repita lo que dije cuando se formaba la instruccion y lo que está consignado? Estamos en el 7 de Julio; Mauricio ha bajado dos veces al subterráneo; no se enciende fuego ni en las salas, ni en el comedor, ni en el salon; solo se enciende en la cocina, y aún muy poco, porque á la cocinera no la gusta el fuego, como tampoco á nosotros. La cocinera en este día dijo á Roux: «No habeis subido bastantes sarmientos», á lo cual contestó Roux: «Bueno, iré á buscar mas.» En efecto, fué á buscarlos, pero se le ocurrió subir leña, y, sin embargo, los sarmientos estaban en un subterráneo y la leña y el carbon en el otro, donde se le encontró. Subió

una provision que no se le pedia, ¿cómo se podia ocurrir que estuviese en el subterráneo? Yo no pude tener semejante idea, pues no me mezclo en las faenas de los criados. No teniendo hijos mi esposa, estoy muy contento de que pueda ocuparse de la casa; solo por su mediacion es como tengo relaciones con los criados.

»Os maravilla que yo busque á Mauricio despues de mediodia; es que en este momento yo tengo necesidad de él, y es natural que me ocupe. Voy á casa del constructor de carruajes, no para preguntarle, sino para tratar de un carruaje que le habia dado á componer y me informé si el criado habia ido á buscarlo. Cuando necesito un cochera me dirijo al constructor de carruages, no es, pues, extraño que le haya dicho: «Ved que criados, no hay medios de hacerles servir. Mauricio Roux ha estado dos meses en la casa de campo sin hacer nada. Se encuentra en la ciudad, y no se le ha visto desde esta mañana.»

P.—¿No le habeis buscado al mediodia?

R.—No he dicho que no le hubiera buscado en ese momento.

P.—¿Habeis hecho abrir la cochera y habeis visto que no estaba?

R.—Yo mismo subí á su cuarto, y declaro que siento haberlo hecho abrir. Dije que en aquel momento experimenté un vago temor, se me ocurrió la idea de si le habria sucedido alguna desgracia.

P.—¿Qué os producía ese sentimiento, ese miedo?

R.—Temí que no le hubiera sucedido alguna desgracia, ó que hubiese muerto de un ataque.

P.—Francamente; me obligais á insistir. Temiais que hubiese muerto de un ataque, ó que le hubiese ocurrido alguna desgracia, ¿pues cómo no se os ocurrió que este ataque ó desgracia le hubiesen podido ocurrir en los lugares que frecuentaba, es decir, en el subterráneo?

R.—Ya he dicho que la provision de carbon estaba hecha; no habia razon alguna para irlo á buscar al subterráneo. A nadie se le ocurrió semejante idea, hubiera sido una fortuna que se hubiese ocurrido.

P.—¿Sí!

R.—¡Oh! ¡sí!

P.—No se os ocurrió la idea de irlo á buscar al subterráneo y se os ocurrió irlo á buscar en otras partes. Hé aquí á lo que se reduce vuestra contestacion sobre este punto.

¿A qué hora volvisteis á vuestra casa?

R.—A cosa de las siete y media.

P.—Al llegar os pusisteis á la mesa, ¿cuando estabais comiendo la camarera bajó al subterráneo para tomar el vino necesario para vuestra comida?

R.—Del mismo modo que lo hizo al mediodia.

P.—¿Cuando subió, qué fué lo que dijo?

R.—«He oido ruido; no sé si es Mauricio Roux.» Entonces yo le dije: «Volved á bajar al subterráneo»; pero ya he tenido el honor de contaros esto.

P.—Así es; no os estendais sobre este punto; os haré tan solo notar que la camarera pretende no haber dicho: «No sé si es Mauricio Roux.» No se le ocurrió esta idea; os dijo tan solo: «He oido ruido en el subterráneo, un estertor, un ronquido.»

R.—Me dijo: «He oido un ruido; ¿quién sabe si será Mauricio Roux?»

P.—Eso no se encuentra en la declaracion escrita. Tan solo he visto lo siguiente: «He oido algo en el subterráneo», y que vos la contestasteis: «Estais loca, padeceis una alucinacion.» Volvió á bajar al subterráneo; la dejasteis bajar.

R.—Estaba comiendo la sopa y dije á la camarera: «Tomad la llave, bajad con el conserje, é id á ver lo que sea eso.» Bajó ella y volvió á subir por segunda vez: aún no habia concluido la sopa. Dejé la comida, bajé con ella y el criado del piso primero.

P.—Vos le digisteis que desatinaba, y vuelve acompañada del conserje; bajó y subió, y solo insistiendo en vuestra presencia, es cuando os decidís á bajar, ¿no es esta la verdad? Si no es esta, rectificadme.

R.—¿Me permitis? Habiendo subido la muchacha, me dijo: «es seguro que es Roux»; entonces yo no oí que ella me rogase bajar; bajé en seguimiento suyo.

P.—No hay una sola palabra de eso en el procedimiento.

R.—Os pido mil perdones.

P.—Resulta de lo que acabais de decir hoy, que para bajar esperasteis que la camarera hubiese ya

bajado dos veces; la primera vez subió y os dijo: «he oido algo», le respondisteis «que desatinaba.» Volvió á bajar con el conserje, volvió á subir, y os dijo: «Venid, hay algo», y entonces...

R.—No, no es eso. Ella no queria bajar, creia que eran los gatos. Es preciso que sepais que la primera idea de los criados ha sido que Roux se habia suicidado. Yo les disuadí de esta idea y hasta me costó trabajo. La camarera habia subido llena de miedo; por ella no hubiese vuelto á bajar. Yo la dije: «Id con el conserje.» Entonces y solo entonces, por orden mia, fué cuando bajó, y cuando hubo subido yo bajé en su seguimiento; no perdí tiempo para ir á buscar los médicos y la policia, interesándome demasiado por ese hombre.

P.—Dijisteis á la camarera: «Mirad si la llave está en el clavo.» Bastaba haberos limitado á decirle que bajase.

R.—Me dijo: «He oido ruido, creia que eran los gatos.» Entonces fué cuando la dije: «Mirad si la llave está en el clavo y aseguraos de lo que sea.» Lo repito, no hubiese vuelto á bajar sino la hubiese yo dado la orden.

P.—En fin, habeis bajado al subterráneo. ¿Allí con quién estabais? ¿A quién habeis encontrado en la puerta?

R.—Bajé con la camarera, con el conserje, éramos cuatro ó cinco; se pararon delante de la puerta con ventanillo, y alumbrando con la luz, cada uno á su vez fué á mirar á través de la puerta. Así que oí á Mauricio Roux.

P.—Quiero que conste esto: cada uno miró por el ventanillo de la puerta, se os dijo: «Hay alguno, hay un hombre acostado, veo las piernas de un hombre.» Entonces habeis mirado á vuestra vez, y lo que los otros habian visto vos no lo visteis. Digisteis: «yo no veo nada.»

R.—Os he explicado la prontitud con que quise ir á ver si lo que me habia dicho la criada era verdad. Miro y no veo nada. Me acercan la luz, entonces veo y doy la orden de ir á buscar un médico y el comisario de policia.

P.—Lo que deseo dejar consignado, lo que resulta de la instruccion es que dos ó tres testigos han empezado por mirar, y han dicho: «Vemos las pier-

nas de un hombre.» Vos habeis mirado á vuestra vez, y habeis dicho: «lo veo tambien.»

R.—Repito que si yo no hubiese mandado á la camarera volver á bajar al subterráneo, no hubiese bajado. Yo fui quien la di prisa para que fuese.

P.—Ya se lo preguntaremos.

R.—Espero que no dirá lo contrario.

P.—Cuando percibisteis como los otros que habia un hombre, dijisteis: «Es preciso entrar»; pero encontrasteis la puerta cerrada.

R.—Hubiera entrado en seguida si la puerta hubiese estado abierta.

P.—Estaba cerrada, no habeis soñado siquiera en decir á alguno: «Id á ver si la llave está en el clavo.»

R.—Veo un hombre tendido, supongo que le ha pasado una desgracia, un suicidio, ¿dónde quereis que busque la llave para todo esto?

P.—¿Quereis que os diga mi impresion? Lo mas urgente que hay que hacer cuando ocurre un accidente ó una desgracia, cuando se vé á un hombre asesinado ó suicidado, lo que corre mas prisa antes de mandar á buscar al cerrajero, es decir: «dadme la llave de este subterráneo.»

R.—Ya he dicho que la criada habia asegurado que la llave no estaba en el clavo donde se colgaba ordinariamente.

P.—¿No se os ha ocurrido hacerla buscar? Deseo conste que la declaracion de que la llave no estaba en el clavo os ha bastado; no la habeis hecho buscar de nuevo, y habeis dicho: «que se vaya á buscar al cerrajero.»

R.—Yo no sé en donde se tiene la llave del subterráneo; nunca me he ocupado de eso. Esto es cosa que corresponde á mi mujer.

P.—Lo que quiero dejar sentado en este momento es que nadie se preocupó de la llave. La camarera, yo lo reconozco, os habia dicho que la llave no estaba en el clavo; pero vos habeis dicho en seguida: «Id á buscar un cerrajero.» El cerrajero llega y vos entráis.

R.—No; yo habia ido á buscar el comisario de policia y el médico: yo llevaba el médico cuando se abria la puerta. Me serví de mis piernas como no

puedo hacerlo siempre. Puse la mayor diligencia en ir á buscar el médico y el comisario de policia; ya lo vereis cuando estemos en este punto.

P.—¿Abrieron la puerta?

R.—El cerrajero la abrió.

P.—¿Se entró, vos no estabais allí, solo llegasteis despues?

R.—Creo que cuando llegué, la puerta no estaba abierta del todo.

P.—¿Entrasteis con el médico señor Brousse?

R.—Solo fué á condicion de que habia de permanecer allí poco tiempo.

P.—Fué el primero que llegó, el señor Sardun llegó en seguida: al fin entrasteis.

R.—Allí fui testigo de todo.

P.—¿Qué visteis?

R.—Ya lo he dicho. Ví á Mauricio acostado de un lado: las manos ligadas detras de su cuerpo separadas por una corta distancia. Ví que tenia el cuello apretado y que un pañuelo le ataba los piés.

P.—¿Visteis en qué estado se encontraba? ¿No contestais sobre que en aquel momento, yo no diré que estaba muerto, pero sí que estaba en sus tres cuartas partes muerto?

R.—Yo diré mucho mas, pues digo que creo que estaba muy vivo.

P.—¿Creeis entonces que representaba una comedia?

R.—La escena que ha seguido prueba de un modo cierto que no estaba muerto: faltaba mucho para que lo estuviese; pero en aquel momento engaño á todo el mundo y el primero á mi.

P.—Representó su papel perfectamente: engaño á los médicos, los cuales consignan que su estado era casi el de un *cadáver*. La palabra consta. La respiración no existia, no se sentia el pulso, solo quedaba un poco de calor en el vientre; en una palabra, estaba á dos dedos de la muerte. Esto es lo que se encuentra consignado.

R.—No es esa mi opinion.

P.—Yo creia que esto no se negaba. ¿Pensais que en aquel momento ni aun tenia el mas ligero mal? El Sr. Brousse, sin embargo, dijo: «Este hombre está bien malo.» El lamentable estado en que se encontraba fué comprobado en el cuarto á donde se le tras-

portó; el Sr. Sardun, al separarse de él dijo: «No desespere de salvarle.»

R.—Yo ví al Sr. Sardun por la noche, y no me dijo esto, sino que estaba salvado.

P.—La instruccion dice que al separarse el Sr. Sardun de Roux declaró esto: «No desespere de salvarle, he dejado al lado suyo un estudiante de medicina.» Pero pasemos de largo: estas son apreciaciones, yo dejo sentado tan solo que en presencia de lo que despues supisteis, vos no creeis hoy dia en el estado grave en que se encuentra Roux; hasta creeis que en aquel momento se representaba una comedia.

R.—Lo declaro por mi honor del modo mas sagrado, y que yo tengo honor ya lo vereis mas adelante, lo que para mí vale mas que todo, es mi honor.

P.—No jureis.

R.—No importa, me atengo á lo dicho. Yo he dicho siempre: «El miserable ha engañado á todo el mundo, no estaba muy enfermo.» En seguida volvió en sí; no fué cosa larga.

P.—En este momento manifestais una opinion bien diferente de la que teniais, pues entonces dijisteis: «Ha sido asesinado, solo los esfuerzos reunidos de muchas personas han podido ponerle en ese estado.»

R.—Yo no he dicho tal cosa.

P.—Se lo dijisteis al señor comisario de policia, Bayssade, pocos momentos despues del suceso.

R.—Yo he visto que el señor Bayssade lo ha dicho; pero esto no es una declaracion que yo haya hecho al juez de instruccion. Yo no he firmado ese proceso verbal; la cosa es bien diferente.

P.—No hablo de lo que habeis dicho delante del juez de instruccion; pero cuando entrasteis en el subterráneo, el señor Bayssade, que estaba allí, os preguntó: «¿Qué pensais de todo esto?» y le contestasteis: «Ha sido asesinado, y solo los esfuerzos reunidos de muchas personas han podido ponerle en el estado en que se encuentra.» ¿Pretendeis ahora no haber dicho nada de esto?

R.—No puedo haberlo dicho y os lo voy á probar. Cuando yo dije al comisario de policia: «Pobre desgraciado, á quien le ha puesto en ese estado,» me contestó: «No teneis el derecho de decir eso.»

P.—No haciais nada malo; estabais en vuestro derecho usando ese lenguaje.

R.—¿Por qué entonces el comisario de policia me observó que yo no debia hablar de aquel modo?—Yo le contesté: «No creo haber faltado,» á lo cual me contestó: «No se debe expresar opinion alguna.» El comisario de policia estuvo diez minutos en mi casa. Escribió en una hoja de papel grande como la mitad de la mano, y en seguida me he encontrado con un proceso verbal de quince páginas, firmado por él.

P.—Esto tiende á envolver al comisario de policia. Es testigo, y ya lo oiremos.

*El señor procurador general.*—Eso se hace siempre así.

*El señor primer Presidente.*—No negais el hecho, lo explicais; esto es lo que deseo quede sentado.

R.—Lo dije en el subterráneo.

P.—Tanto estaba en vuestro pensamiento que aquel hombre habia sido asesinado, que en seguida indicasteis donde se podian encontrar las buellas de los asesinos.

R.—Yo! Señor!

P.—Sí; vos. ¿No dijisteis al comisario de policia que entre nueve y nueve y media, una muchacha de Alais habia ido á preguntar por Mauricio Roux?

R.—Es preciso distinguir bien las cosas: ese hecho tiene la mayor importancia, y yo no quiero mentir...

P.—No mintais; estad seguro que no seré yo quien os dé un consejo contrario. ¿No lo habeis dicho al comisario de policia? ¿No habeis hablado de las costumbres lijeras de ese hombre?

R.—No estoy seguro de esto.

P.—En otros términos: ¿no teniais en aquel momento la idea de indicar que se podria por ese lado encontrar la pista del asesino? ¿no era esta vuestra opinion?

R.—Sí.

P.—¿Luego creiais en el asesinato?

R.—Creo en la memoria del señor Tardieu ciegamente.

P.—Lo comprendo; pero en fin, en aquel momento creiais en el asesinato. Se lleva á Roux á

su cuarto y vos le acompañais. Allí, ¿qué pasó? ¿No estuvisteis toda la noche?

R.—Entré en el cuarto, se llevó allí todo lo que podía necesitarse; bajé con el procurador imperial y el director de correos, y permanecimos delante de la puerta de mi casa hasta las once. Ya he dicho esto.

P.—Cuando estabais en el cuarto de Roux con muchas personas que habian estado presentes á la apertura de la puerta del subterráneo, el procurador imperial llegó. Le preocupó el saber por el mismo Roux la causa del accidente de que habia sido víctima.

R.—Nada de eso: le daban á beber agua, le preguntaban si la queria caliente ó fria, y no se ocupó nadie de otra cosa.

P.—Cómo! no se pensaba en saber por él lo que habia pasado; no se han preocupado de la causa de su estado! Sin embargo, hé aquí lo que pasó: el señor Sardun le preguntó, despues llegó el procurador imperial. El médico concluyó por decir: «es inútil dirigirle preguntas, se encuentra imposibilitado de contestar: no desespere de salvarle, pero está en el estado aparente de un cadáver.»

R.—Debeis haber visto, señor Presidente, que no estaba tan malo como aparentaba. El señor Sardun habia prohibido que nadie se acercase á su cama; sin embargo, nosotros enviamos á buscar al abate Traiche, y cuando llegó el señor Sardun, dijo: «el enfermo va mejor, vuelve á la vida, esto no será nada; pero no le pidais nada.» Roux ha pretendido en su interrogatorio que yo me acerqué á él para que no dijese quien era su asesino. No estaba, pues, muy malo.

P.—¿No estabais allí cuando se le aplicaron los sinapismos y se le quemó el brazo con agua caliente? No se le escapó ni un grito, ni un quejido; lo aguantó todo sin proferir un acento. ¿Estabais allí cuando llegó el sacerdote?

R.—Acabo de decirlo.

P.—Esto prueba al menos que en aquel momento todo el mundo estaba engañado con su enfermedad: se le creia moribundo.

R.—Ah! sí. No es preciso esperar á que un hombre esté muerto para llamar á un sacerdote, se obra perfectamente haciéndole ir antes. Nosotros fuimos los que le llamamos.

P.—Deduzco que todos creian que aquel hombre estaba moribundo. Llegado que fué el sacerdote, y como su primer movimiento fuera ir á colocarse á la cabecera del enfermo, dijisteis: «No, no! es inútil, no os acerqueis á él; el médico ha dicho que no se le debia fatigar.»

R.—Acabo de decirlo.

P.—¿Fué por orden del médico y por interés del enfermo que obrasteis de este modo?

R.—Por completo. Yo permanecí con el procurador imperial y con el director de correos, y despues nos fuimos á acostar.

P.—¿Dormisteis?

R.—Como siempre; perfectamente.

P.—Es extraordinario! ¿dormisteis en presencia de lo que acababa de suceder; yo os debo declarar que no hubiera dormido en condiciones parecidas. Deciais hace poco que erais bueno; ¿no debiais compadeceros de la suerte de aquel desgraciado?

R.—¿Y que queriais que le hiciese? tenia médicos: yo duermo mucho, y dormí como si nada hubiera pasado.

P.—Deduzco que no sois bueno.

R.—Ya estaba salvado por la noche cuando nos separamos de él.

P.—No cuando salisteis del cuarto. El señor Sardun lo ha dicho, y lo repetiré: «Tiene el estado aparente de un cadáver; que no se deje acercar á nadie; no desespere de salvarle.» En cuanto á vos os marchasteis completamente tranquilo. La camarera no pudo dormir; pero vos dormisteis como de costumbre: ¿es verdad?

R.—Sí; convengo en ello, cuando entré en mi casa, la criada no queria ir á acostarse; decia que Roux se habia suicidado, fué preciso que una de sus amigas fuese á dormir con ella. En cuanto á mí, debo decir que me hacen falta ocho horas largas de sueño desde que estuve enfermo.

P.—Podeis dormir mucho; pero que aquella noche durmieseis como de ordinario, es inesplicable.

R.—No diré que no estuviera preocupado antes de acostarme; pero una vez acostado, confieso que me dormí.

P.—Hemos concluido en el dia 7 y empezamos el dia 8. ¿Pasasteis la noche en vuestra casa y en vuesa

tra cama. ¿Quién es dijo que Mauricio Roux os acusaba de haberle asesinado?

R.—Un criado, Malzac, á quien habia colocado cerca del enfermo para que le velase con el conserje; fué el primero que me lo dijo: aún estaba yo en la cama.

P.—¿El señor Biquet os lo habia dicho ya?

R.—Ya he tenido el honor de deciros que el señor Biquet estaba en mi cuarto conmigo cuando llegó Malzac. Llegó en seguida Biquet hijo; pero fué Malzac quien dijo las palabras que ya he dicho. Me vestí y fui con mi tio al cuarto de Mauricio Roux. Le interrogué.

P.—Os repito que resulta del procedimiento que fué el señor Biquet quien os dió esta noticia. El mismo señor Biquet lo ha asegurado en su declaracion escrita. Dice que estuvo en el cuarto de Roux bastante tiempo; que supo os acusaba de haberle asesinado, que os lo fué á decir, dandoos la noticia bastante bruscamente; estas son sus palabras añadiendo que recibisteis la noticia con completa indiferencia.

R.—Es verdad.

P.—Estabais en la cama, no os levantasteis hasta que supisteis que la justicia estaba en el cuarto de Roux.

R.—Iba á levantarme, me levanté en seguida y fui al cuarto de Mauricio. La justicia llegó despues que nosotros.

P.—Se os anuncia que Roux os acusa de un asesinato. Acojeis esta noticia con indiferencia, estais en la cama y permanecéis en ella. ¿A esto le llamais un movimiento natural! ¿no soñasteis siquiera en levantaros inmediatamente!

R.—Creí que no estaba en su juicio desde el momento que me acusaba. ¿Podia yo creer que esto era serio? ¿Quèreis que me inquietara por semejante cosa? Si me hubiera inquietado por tal acusación no sé que hubiera dejado para el caso de tener en la conciencia un asesinato. No me inquieté, porque no debí inquietarme.

P.—Creisteis que aquel hombre no estaba en su juicio; pero aún admitiendo esta creencia hubiera sido mas natural que os hubieseis levantado en seguida y que hubieseis dicho: «Veamos si ese hombre continua acusándome.»

TOMO II.

R.—Lo confieso, semejante acusacion no me espantó ni poco ni mucho.

P.—Por fin os levantasteis, y fuisteis al cuarto de Roux. ¿A quien encontrasteis allí?

R.—Creo que estaba el médico y el criado. Me parece que no habia otras personas.

P.—Poco importa que personas habia presentes; sabiais que, en su delirio, os habia acusado. ¿Hablasteis con alguno sobre el particular?

R.—Me acerqué para ver si habia recobrado los sentidos, y le pregunté. Cuando vi que me reconocia pregunté al Sr. Lasdieu que estaba allí: «¿Volverá en sí?»—«No es seguro.» «¿No hablará? seria cosa triste.»

P.—Veo que os preocupabais mucho de saber si hablaría.

R.—¡Pues no faltaba mas! ¡como que me acusaba!

P.—Sabiais que os acusaba y no se os ocurrió á vos, inocente, á vos que os decís tal, no se os ocurrió, repito, el decir á alguien: «¿No habeis visto ese loco que en su delirio me acusa de haberle asesinado?»

R.—Se lo dije al médico.

P.—Precisemos. Vos le dijisteis al médico: «Este hombre me acusa de haberle asesinado.»

R.—No; él lo sabia.

P.—No conseguireis que me pierda en ese laberinto.

R.—Ya dije que Malzac me habia dicho que el médico se habia reido como él de la acusacion.

P.—De modo que cuando entrasteis en el cuarto no soñasteis en decir á alguien: «¿Roux me acusa de haberlo asesinado?» Contestad.

R.—No se lo dije á nadie.

P.—Dijisteis: «Recobraré este hombre los sentidos, hablará.» No añadisteis: «Deseo que hable, deseo saber lo que dirá ya que me ha acusado de haberle asesinado.»

R.—He tenido el honor de deciros que él estaba con Malzac y el médico cuando me acusó.

P.—Eso no es una contestacion, permitidme que os lo diga. No dijisteis á nadie al entrar en el cuarto: «Este insensato, este loco me acusa de haberle asesinado.»

R.—Se lo dije al médico; no sé que otras personas habia allí.

P.—Eso es una variante. Dijisteis al médico: «¿Sabéis que Roux me acusa?»

R.—¿Y á que se lo habia de decir si él lo dijo delante del médico?

P.—Veo que no quereis contestar. Responded sí ó no. ¿Dijisteis al médico ó á alguno «Roux me acusa de haberlo asesinado?»

R.—No, señor.

P.—No lo dijisteis. Continuemos. Os acercasteis á la cama del enfermo; estabais con el Sr. Biquet. ¿No habia alguna cosa delante de vos que le impidiese veros?

R.—Entramos los dos y llegamos á la cama sin plan preconcebido.

P.—Sin embargo, sabiais que el enfermo os acusaba.

R.—Lo creia loco, en delirio, yo le dije: «¡Y bien! ¿Mauricio Roux como vá? ¿Estais mejor? y con un signo me dijo que sí. ¿Me reconocéis? ¿Conocéis á vuestro amo? ¿en donde está? y levantó la mano de mi lado. ¿Conocéis al Sr. Biquet? y me indicó que sí.—Cuando ví esto quedé muy contrariado de que hubiese recobrado los sentidos.

P.—¿Por qué os contrariaba esto? Debiais desear, si érais inocente, que su delirio desapareciese.

R.—Quereis decirme que yo debia estar contento y yo os repito que me enfadé porque me acusaba. ¿Qué queriais que hiciese?

P.—Yo en vuestro lugar, en vez de contrariarme el que aquel hombre recobrase sus sentidos, hubiese quedado encantado de esto mismo. Cuando este hombre no estaba en su cabal juicio os habia acusado, debiais desear que lo recobrase para que se retractara de su acusacion. Esto es fácil de comprender. Cuando os acercasteis ¿no os miró fijamente?

R.—El señor Comisario lo ha dicho, pero yo no ví tal cosa. Dijo tambien que me habia rechazado y se sostiene que esto mismo sucedió tres ó cuatro días despues; pero cuando yo le pregunté «¿dónde está vuestro amo?» me tocó con la mano.

P.—El espediente dá como seguro que os miró fijando en vos sus ojos de una manera extraordinaria.

R.—No en aquel momento.

P.—Fué en aquel momento. Su mano no se diri-

gió á vuestra cara sino á vuestro chaleco.

R.—La prueba de que no fué así es que respondió perfectamente á mis preguntas, y cuando yo le pregunté donde estaba, mintió; si hubiera estado del modo que le supone el comisario, no hubiera contestado nada.

P.—El proceso no hace constar que respondiese á vuestras preguntas. Os acercasteis, os miró y levantó la mano. Todo está limitado á esto por ahora. ¿Mientras estabais allí llegó el procurador imperial?

R.—Era el juez de instruccion.

P.—El procurador imperial se acercó á Roux. ¿Qué hizo?

R.—El juez de instruccion y el procurador imperial nos hicieron salir.

P.—El procurador imperial llegó el primero, el juez de instruccion en seguida. ¿El juez de instruccion os hizo volver á entrar acto continuo?

R.—Estábamos delante de la puerta y me rogó que entrase. Interrogó á Roux por el medio que ya conoceis. No me acuerdo de las preguntas que le hizo. Este hombre tenia una fisonomía que me impresionó mucho.

P.—¿Qué clase de fisonomía?

R.—Una fisonomía que no expresaba nada bueno. Estaba muerto pocas horas antes, y os puedo asegurar que entonces era difícil expresar mas cólera y mas maldad. Los ojos se le salian de las órbitas; esto me asombró y me hizo daño: entonces comprendí que nos habia engañado á todos.

P.—¿Tomó en este momento una actitud tal que dijisteis: «esto es repugnante»?

R.—No creo haber dicho tal cosa.

P.—¿Reconocéis que quedasteis impresionado vivamente con su mirada?

R.—Sí señor.

P.—De modo que la primera vez que os acercasteis á la cama os mira de un modo insignificante, y algunos momentos despues os mira de una manera amenazadora. ¿Cómo explicais esta variacion?

R.—Acababa de ser interrogado, señor Presidente, y las fisonomías de los señores magistrados le pareció bien y les inspiró confianza. Vió en la actitud de aquellos señores que creian en su fábula, y estuvo mas enérgico en su presencia. Esta es mi opinion.

P.—Entonces no entró en escena sino despues que le tranquilizaron el procurador imperial y el juez de instruccion. Fijaos bien en esto. Ya habia dicho en ausencia vuestra que erais su asesino, y hoy con el sistema que vos le atribuis, ¿no era un loco, un insensato que tenia el juicio perdido?

R.—Estaba en su cabal sentido.

P.—En el primer momento en que os presentais á él tuvo una debilidad; no os acusa, os mira de un modo indiferente; pero algunos instantes despues cobra valor y os acusa. Este es vuestro sistema.

R.—Siento que digais *mi sistema*; yo cuento las cosas como pasaron; pero decís que es un sistema...

P.—No os asustéis por la palabra sistema; significa que estos son vuestros medios de defensa.

R.—Es mi defensa y al mismo tiempo la verdad.

P.—Los señores jurados lo apreciarán. Resumo los hechos. Mauricio os acusa por la noche en ausencia vuestra. Llegais; ante vos se manifiesta muy indiferente; no hace ningun gesto; no habla. Al reconocer permanecé tranquilo, pasivo, vos mismo lo decís; nada hace para que se comprenda que persiste en su acusacion; pero cuando mas tarde es interrogado, os acusa con violencia por medio del gesto, con la mirada, con la actitud general de todo su cuerpo.

R.—Hasta el punto de impresionarme vivamente; sí, señor.

P.—¿Cuando os acercasteis á él por segunda vez, el juez de instruccion os habia dicho ya que él os acusaba?

R.—No; me hizo avanzar, y me dijo: «Vais á oír á Roux, que pretende que sois vos quien le ha puesto en ese estado»; y entonces le hizo sufrir un interrogatorio delante de mí.

P.—¿Le habia hecho sufrir otro interrogatorio por la noche sin vos?

R.—Ya lo he dicho.

P.—Por la mañana os hace llamar, y os dice: «¿Sabéis que Mauricio os acusa», y respondisteis: «Es imposible.» Entonces fué cuando el juez de instruccion procedió al primer careo; os hizo avanzar hasta el lado de la cama, y allí Roux manifestó su pensamiento por los medios que estaban en su po-

der. ¿Qué dijisteis cuando pudisteis reconocer que persistia en sus acusaciones por medio de sus gestos y de su mirada?

R.—No sé lo que dije. Cuando el juez de instruccion me impuso silencio dos veces en mi casa, y empezó á tratarme como un acusado, confieso que me produjo efecto.

P.—Comprendo que no os acordéis; pero como vuestras palabras fueron escritas en seguida por el señor juez de instruccion, os las puedo repetir. Digisteis: «¿Cómo? ¡tú te atreves á decir que yo te he asesinado! Yo soy tu amo; vamos, amigo mio, yo no soy malo, bien lo sabes, soy bueno.»

R.—No creo que le tutease, yo no he tuteado nunca á mis criados: mi esposa os lo dirá.

P.—Segun parece en aquel momento le tuteasteis.

R.—Me he quejado siempre de esta equivocacion, porque estoy casi seguro que yo no tuteé á ese hombre.

P.—Esto no tiene una gran importancia; pero habeis dicho: «¿Cómo? ¡vos me acusais! pero yo soy vuestro amo, yo no soy malo, yo soy bueno, amigo mio.»

R.—No creo haber dicho *amigo mio*, por mas que no pueda acordarme de los términos que empleé. Se ha podido poner eso en el interrogatorio; pero no fué escrito en el cuarto; solo se escribió al dia siguiente ó al otro. El magistrado ha podido equivocarse despues de uno ó dos dias.

P.—Vuestra observacion no tiene gran trascendencia. ¿Reconocéis que digisteis poco mas ó menos lo mismo?

R.—No.

P.—¿Reconocéis que hablasteis en seguida á Roux de la jóven de Alais? ¿No le digisteis: «Ha venido esta mañana una jóven de Alais preguntando por vos? ¿Estabais en correspondencia con ella? ¿Qué habeis hecho de esas cartas?»

R.—Me importaba mucho saberlo, porque mi esposa me habia dicho que habia sabido por los criados que Mauricio habia recibido cartas. Se le preguntó lo que habia hecho de ellas, y contestó que las habia quemado. Pregunté por qué, y el juez de instruccion me respondió que habia estado en su dere-